

P. Néstor Sato

# Descubriendo a San José

Patrono de la Iglesia Católica. Fiel depositario y custodio  
que fue de los tesoros de Dios sobre la tierra



## Contenido de la novena

- I. Una Mujer llamada Teresa
- II. La Profecía
- III. El incógnito
- IV. Un varón de nombre José
- V. El silencio
- VI. Belén
- VII. Egipto
- VIII. Nazareth
- IX. La discreción

## Descubriendo a San José

### *Nueve meditaciones*

Dedico a María Santísima,  
augusta Madre del Verbo  
y Esposa siempre virgen del  
Espíritu Santo, estas páginas  
en honor de San José,  
su dignísimo esposo terreno,  
quien por estarle unido  
con el vínculo conyugal  
en el tiempo, se aproximó,  
más que nadie, a esa dignidad  
sobreeminente por la cual  
la Madre de Dios está por encima  
de todas las naturalezas creadas.

P. Néstor Sato

19 de marzo de 2006

A mis hermanos católicos, unidos por el vínculo de la fe que nos es común, ofrezco estas meditaciones sobre San José para ayudarles a descubrir al santo Patriarca y para aumentar su conocimiento de él.

Como una abeja laboriosa he ido a buscar en algunas magníficas flores que Dios regaló a su Iglesia, las verdades que ahora hago llegar a ustedes.

En algún caso he conservado casi la literalidad de la expresión de una verdad, para no arriesgarme a disminuir o perder la precisión y belleza de la misma. En todo lo demás he procurado transmitir estas verdades con el mayor cuidado posible.

Excepto las citas de la Sagrada Escritura, no se ponen otras citas porque sus fuentes son de difícil acceso y porque éste es un trabajo para alimentar la piedad y no la erudición.

Si mi esfuerzo trae algún bien a tu alma, hazme la limosna de una oración por mí a San José.

P. N. S.

ocurre anticiparse a la luz o a la gracia que Dios le envía, sino que las aguarda con sumisión de niño y cuando llegan, jamás se acobarda por duras que sean sus indicaciones y exigencias. ¿Y cuál fue la recompensa de tanta virtud, de tan grande discreción? San José, lo mismo que San Juan, reposó su cabeza sobre el sagrado pecho de Jesús y allí, expiró de amor.

### **Oración**

Discreto San José, abandonados a nosotros mismo, ¡que indiscretos e inconstantes somos los humanos! El pecado original nos ha dejado heridos, desequilibrados, pendulares y desafinados. ¡Cómo nos cuesta hallar el punto exacto de la verdad y una vez hallado, cuánto nos cuesta asentarnos y permanecer en él! Lo más común en nosotros es desbarrar para menos o para más y no perseverar. Cómo nos cuesta afinarnos según el diapason de lo divino, acordar y concordar con la melodía esencial, aquella que canta eternamente en el seno de la Trinidad, lo santo, lo justo, lo bello, lo bueno, lo sabio, el supremo Amor, la santísima Verdad y la infinita Paternidad.

Discreto y armonioso San José, alcánzanos la gracia de ser dóciles como tú, a la presión de las manos del Señor, que Él pueda afinar las cuerdas de nuestra alma... nuestro pensar, nuestro sentir y nuestro obrar, de manera que armonicen con los Suyos propios y que así nuestra vida llegue a ser un humilde eco de la Suya y nosotros mismos una melodía que se añada a la eterna sinfonía que canta la gloria de Dios, en el seno fontal de todas las fidelidades y de todas las armonías.

Amén, que así sea, que por gracia se nos conceda.

### **Epílogo**

Querido hermano en la fe de Jesucristo, hemos llegado juntos al final de nuestro esfuerzo, por descubrir a San José. Espero que haya sido alcanzado el fin pretendido y que en adelante, el santo Patriarca sea uno de nuestros predilectos hermanos mayores y que bajo su protección y a su imitación lleguemos un día a entrar en el gozo del Señor.

por tanto la luz que regula y guía todas las virtudes, pone medida y orden en los actos de penitencia externa, en nuestra abnegación por el prójimo y en todas las virtudes, sin dejar de recordarnos que nuestro amor a Dios debe ser sin medida e ir en aumento sin cesar.

La discreción es la virtud que dándonos el verdadero conocimiento de lo que somos nosotros mismos y de lo que es Dios, nos hace juzgar con sensatez y obrar con sabiduría en la exacta medida que corresponde. Lejos de ser una virtud negativa que nos va diciendo no hagas esto, no hagas lo otro, es una virtud positiva que gobernando las riendas de la vida moral, ordena la justicia, la fortaleza y la templanza para que perseveremos en el bien, conozcamos a Dios y le amemos sobre todas las cosas. Es la virtud que en las distintas coyunturas del quehacer humano, nos habilita para elegir no aquello que es más cómodo u ocasione menos problemas, sino aquello que en ese momento quiere Dios, aquello que en esa bifurcación de caminos nos llevará más recta y rápidamente a Dios mismo. Es por eso que la virtud de la discreción, si bien en un momento nos puede decir: espera, en otra oportunidad nos puede decir: acomete; si en una oportunidad nos puede decir: no, eso es demasiado para tus fuerzas actuales, en otra oportunidad nos puede decir: lo puedes, no te quedes por debajo de tus posibilidades, no seas inferior a ti mismo, a la gracia que Dios ha puesto en ti.

Por eso podemos definir a la discreción como un amor perseverante e inteligente. El amor busca con perseverancia al ser amado y se las ingenia para salvar todos los obstáculos, adivinar como por instinto el camino de los encuentros, sabe esperar o sabe emprender según aconsejen las circunstancias hasta alcanzar lo que ama.

Miremos a José en medio de tan terribles pruebas como tuvo en su vida: acometido por las más acerbadas dudas, visitado por sueños, expuesto a continuas mudanzas, no parece sino elegido por blanco de todas las contradicciones de la gracia, de todas las perplejidades de los caminos adorables de Dios y sin embargo, ¡qué docilidad! ¡cuán enteramente entregado a Dios! Jamás se le

## 1ª Meditación. Una Mujer llamada Teresa

En una ciudad de Castilla la Vieja acababa de nacer una niña. Era poco más de las cinco de la mañana y comenzaba a amanecer. España aún dormía. Era un miércoles, día que la piedad cristiana dedicaría, entre todos los días de la semana, a honrar a San José, era el 28 de marzo del año del Señor de 1515; regía la Santa Iglesia el Pontífice León X y gobernaba Castilla, como regente, el rey católico don Fernando, y en la cuna... la niña dormía.

¡Qué respeto y qué sensación de misterio deberíamos experimentar ante las cunas!... quizás tanto como ante los sepulcros, y en ambos casos por algo semejante: porque estamos frente a un destino a jugarse o frente a un destino jugado. Quién diría que ese puñado de carne palpitante envuelto en pañales, que en esa cuna dormía, sería un día una de las fuerzas de la contrarreforma católica que pondría dique a los desvaríos heréticos de un Lutero, desvaríos que dividieron la Cristiandad y rasgaron dolorosamente la unidad de la Iglesia; quién sospecharía que a esa niña le sería encomendada la misión de devolver su primitiva pureza a la Orden del Carmelo, primogénita de la Iglesia y manantial abundante de Santos; quién imaginaría que esa niña recorrería España sembrando monasterios y viviendo simultáneamente la jubilosa aventura interior de ir escalando las más altas cumbres de la montaña del Amor. Quién se hubiera animado a profetizar que esa criatura, capaz sólo de traducir en molestos vagidos el apremio imperioso de sus necesidades vitales, un día sería capaz de expresar como nadie los apremios interiores del amor, de revelar como pocos, las secretas operaciones de Dios en el alma de sus elegidos, de describir en forma incomparable los paisajes interiores y los ocultos senderos del espíritu que conducen a través de lo profundo del Yo al encuentro con el Creador. ¿Quién se hubiera atrevido a soñar para esa niña el título de Doctora de la Iglesia que hoy luce junto a su nombre?; ¿quién imaginaría que un día

sería considerada como una de las glorias literarias de la lengua castellana?

Pero en esta constelación de glorias con que Dios enriqueciera la personalidad y la vida de esta niña, hay una en particular, que atrae nuestro interés ahora, aunque esa gloria aparezca muy opaca a los ojos sin transparencia de los hombres carnales. Gloria de esta niña fue el estar destinada por Dios a sacar de la penumbra de un injusto olvido, la memoria y la persona de San José, y porque así lo hizo y porque las generaciones posteriores debemos a esa niña hecha mujer, hecha monja, hecha santa, el amor con que enlazamos en un único abrazo a esa trinidad terrestre que llamamos Jesús, María y José, es por eso que ahora evocamos a esa niña que dijo a sus contemporáneos y en ellos a los cristianos de todos los tiempos: *Id a José...* y nos imaginamos la voz afectuosa de José que nos dice como en eco: *Escuchad a Teresa*, porque estamos hablando de **Teresa de Jesús**. ¿Y qué nos dice la santa? Acerquémonos a ella, a su vida, a ese libro de su vida escrito por orden de sus confesores y en el cual Santa Teresa sigue hablando en confidencia a todas las generaciones. Abrámoslo en el capítulo 6º y escuchemos. Teresa, gravemente enferma acaba de salir de una terrible crisis. En la noche de un 15 de agosto había sufrido un síncope y el sacerdote llamado para administrarle la extremaunción se niega a hacerlo por considerarla ya muerta. Pasa un día y Teresa no da señales de vida. Pasan dos días y su aliento no empaña el espejo que por ver si respira, acercan a su boca. Pasan tres días y se cava su tumba en el convento de la Encarnación al cual ella pertenecía, se lava su cuerpo y se lo envuelve en la mortaja. Pasan cuatro días y llegan las religiosas de la Encarnación para sepultar el cadáver de Teresa, pero su padre en aparente acceso de locura se niega a que lo lleven. Todos contemplan sin palabras ese espectáculo doblemente trágico, por el padre demente y por la hija muerta. Pero de pronto, Teresa abre trabajosamente los párpados y sus primeras palabras son para pedir con una voz muy lejana, los sacramentos que se le habían negado. Pasan los meses, pasan los años, tres infinitos años totalmente parálitica, al

tinieblas, la voz de la cordura... burguesa: ¡cuidado! hay que tener discreción, nada de excesos; hay que ser discretamente bueno y religioso para que a uno no lo tilden de fanático ni de impío; hay que ser discretamente vicioso para que a uno no lo tachen de bobo ni tampoco de corrompido, hay que afirmar discretamente y negar elegantemente, de manera de llevarse bien con Dios y con el diablo, no sea que nos ubiquen entre los duros, entre esos fanáticos medievales, que adoran la Verdad y abominan de la mentira... y no quieren actualizarse cambiando la verdad según la dirección del viento de la época... hay que ser discreto, hay que tener los pies en la tierra y no tomar demasiado en serio esos valores impalpables como verdad, belleza, santidad... dejemos eso para los entusiasmos juveniles, pero llega el momento de sentar cabeza, llega la edad de la discreción, hay que producir y enriquecerse, sin mirar mucho qué olor tenga ese dinero, hay que saber vivir y dejar vivir. Eso es discreción para los mundanos, la discreción que habla por boca de Judas... no nos vamos a referir a esta discreción, Dejemos su estudio a los sabios bonzos de este bajo mundo.

Refiere una antigua leyenda, que reunidos en conferencia varios monjes solitarios del desierto, y cuando ya algunos habían mencionado la virtud que cada cual tenía por más excelente, y dado las razones de su parecer, el gran San Antonio Abad se declaró por la discreción; juzgándola puntal y soporte de todas las demás virtudes. El más perfecto modelo de la discreción fue San José.

Si quisiéramos definir esta virtud en pocas palabras diríamos que la discreción es un amor perseverante e inteligente. Veamos esta definición. El diccionario de la Real Academia, la define en el plano de lo natural como sensatez para formar juicio y tacto para hablar y obrar. Y San Catalina de Siena, Doctora de la Iglesia dice en su libro *“El Diálogo”*, desde un punto de vista sobrenatural, que la discreción o discernimiento espiritual no es otra cosa que un verdadero conocimiento que el alma debe tener de sí misma y de Dios, para pesar y juzgar de sí misma y de todas las cosas a la luz y a la vista de Dios. La santa discreción es

como el pan, como el aire, como el agua... comprender el valor de Nazareth, de ese callado vivir adorando y sirviendo a la infancia del Verbo encarnado como silenciosas lámparas de sagrario, de ese oculto vivir sin aplausos cuidando la maduración de la semilla redentora que Dios les había confiado, semilla que un día florecería en vida pública y luego pendería como un fruto maduro para la cosecha, en el árbol sagrado de la cruz; comprender en fin la grandeza de vuestra aceptación, sin quejas ni reclamos, del tener que aparecer, en el cumplimiento de vuestra misión, sólo como unos pobres aldeanos.

San José, ayúdanos a imitarte en nuestro propio Nazareth, sirviendo al Señor con el más puro amor y el más perfecto desinterés, marchando sin pedir luces milagrosas por la senda penumbrosa de la fe, sin ambicionar misiones brillantes, ni apetecer consumir acciones extraordinarias, sino sólo el ser facultados para realizar extraordinariamente bien y sin ser notados, las acciones ordinarias que nos exige cada día nuestro deber de estado.

Transitaremos así, de tu mano San José, por el camino bienhechor del anonimato, camino que eligió el Señor como el más benéfico para la mayoría de nosotros y el muy agradable a sus ojos, puesto que también, en cuanto pudo, lo eligió para sí. Amén.

## 9ª Meditación. La discreción

Para dar cima al esfuerzo hecho en estas meditaciones para honrar a San José, vamos a meditar sobre una virtud de la cual se habla pocas veces, virtud que es sin embargo indispensable para llegar a cumplir nuestra vocación cristiana y alcanzar nuestro destino sobrenatural... esta virtud es la discreción, y San José la poseyó en grado eminente.

Para muchos oídos esta palabra discreción, suena a burguesa, a mediocridad. Cuántas veces frente a la necesidad de una opción generosa o frente a un entusiasmo que rompe los moldes del ritmo convencional de la vida, se escucha procedente de las

cabo de los cuales la única mejoría fue llegar a andar gateando. Joven aún, pero tullida y desahuciada por los médicos, ya sin esperanza alguna por parte de la tierra, Teresa apela al cielo y en este pleito entre la vida y la muerte, elige como abogado a San José y así narra ella ese momento:

*“Tomé por abogado y Señor al glorioso San José y me encomendé mucho a Él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores, de honra y pérdida del alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien de lo que yo sabía pedir.”*

Maravillosa concisión, la de los santos, que conocen el valor de las palabras. Así, con esta sencillez, Teresa nos comunica su milagrosa curación, porque San José mostró con ella lo que podía, porque aquella que apenas se arrastraba a gatas, se yergue, se afirma con equilibrio perfecto y camina con tanta facilidad como si nunca hubiera estado enferma. Y en el libro de su vida, Teresa sigue diciendo:

*“No me acuerdo hasta ahora, haberle suplicado cosa a San José que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado así de cuerpo como de alma. A otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, a este glorioso santo tengo experiencia de que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender de que así como le estuvo sujeto en la Tierra, así en el Cielo hace cuanto le pide. Querría yo persuadir a todos de que fuesen devotos de este glorioso Santo, por la experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios: no he conocido persona que de veras le sea devota y le haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a Él se encomiendan.*

*Me parece, hace ya algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida. Si fuera persona que tuviera autoridad para escribir, de buena gana me alargaría en decir muy por menudo, las mercedes que ha hecho este glorioso santo a mí y a otras personas. Mas ahora sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia*

*el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca y tenerle devoción. En especial, personas de oración siempre le habían de ser aficionadas y quien no halle maestro que le enseñe oración, tome a este glorioso santo por maestro y no errará el camino.”*

Más adelante, Santa Teresa relata cómo el mismo Jesucristo le ordenó que el primer monasterio que ella habría de fundar, debería llamarse de San José y cómo el mismo patriarca sería el custodio de él. Y ya en vías de construcción el mencionado monasterio, como faltara dinero para continuar la obra, San José se aparece a Teresa alentándola a seguir adelante y prometiéndole que no faltaría el dinero necesario en el momento del pago, lo cual así sucedió de manera asombrosa. De otras gracias dejó Teresa constancias desparramadas por sus obras como así también su agradecimiento, ya que en las Constituciones que rigen la vida de las religiosas carmelitas, la Santa dejó a sus hijas espirituales, cual huella y legado íntimo de su alma consagrada, esa tierna inclinación por aquél que mereció el título de Custodio de vírgenes y Patrono de las almas interiores.

Por todo esto, iniciamos estas meditaciones invocando la ayuda y la luz que tuvo Santa Teresa. Le pedimos a ella, Doctora de la Iglesia, que no ayude a descubrir las maravillas de gracia que Dios encerró en San José y que nos enseñe a amarlo como lo amó ella, para que también como lo está ella ahora, un día también nosotros estemos junto a él, a los pies de Jesús y acariciados por la mano de María.

### **Oración**

Oh Señor, Dios nuestro, bendice con tu gracia este esfuerzo que hacemos para conocer a San José.

La enseñanza de tu Iglesia y la voz de tus santos nos dicen que su hermosa alma es una de tus obras maestras y uno de tus jardines predilectos donde te paseas con complacencia. Te pedimos la gracia de poder entrar también nosotros en este jardín que tanto alegra tu corazón y glorifica tu magnificencia,

### **Oración**

¡El Admirable José! El Verbo encarnado halló en él, el más inteligente, el más dócil y abnegado de los colaboradores para dar cumplimiento al plan del Padre, que era mantener secreta la presencia de su Hijo en el mundo, hasta el momento de iniciar su vida pública y con ese fin José gobernó y ocultó diestramente a esa sagrada familia tan superior, como no la hubo ni la habrá nunca más sobre la tierra, insertándola en la vida común de las demás familias de la aldea, vida de oscuridad, pobreza y laboriosidad, sin nada de excepcional que la distinguiera de las demás y exceptuando el relámpago sobrenatural del Niño en el Templo alternando sabiamente con los Doctores de la Ley, fue la suya una vida de vulgar monotonía, un caminar paso a paso sobre el pavimento gris de lo cotidiano cumpliendo humildes deberes y realizando modestos trabajos.

Ya quedaron atrás las revelaciones y los milagros y María y José han vuelto a entrar en el orden común a todo creyente, orden que también Jesús respeta fielmente. Ya no reciben mensajes del cielo y Dios ya no enciende para ellos esos soles como fueron Gabriel, Zacarías, Isabel y el anciano Simeón; ya los santos ángeles no les explican lo que no entienden ni les dicen lo que no deben o deben hacer... María y José caminan en la penumbra de la pura fe y Jesús en apariencia también. Ellos jamás le piden un milagro y Jesús jamás cae en la debilidad de ofrecérselos, ni siquiera para no pasar hambre, como le fuera revelado a la Beata Ana Catalina de Emmerich, quien narra que en una oportunidad, padeciendo extrema necesidad, María y José no tuvieron qué dar de comer a su hijo, el Creador del universo hecho Niño, y ese Niño omnipotente nada hizo sin embargo para salvar tan cruel encrucijada... ¡es que el Niño conocía a sus padres y cuál era la medida de su talla!

Admirable San José, nuestra talla es pequeña, somos de baja estatura espiritual y como niños, nos atrae lo maravilloso, lo extraordinario y por añadidura, nunca nos cansamos de pedir milagros. Por eso, alcánzanos la gracia de comprender la importancia de la vida ordinaria, valiosa pero no apreciada,



abismos de misterios encierra esto! María y José sabían que Jesús debía cumplir el plan de Dios, pero ignoraban los pasos concretos por medio de los cuales lo iría cumpliendo, de ahí ese no entender lo que les decía. Pero al mismo tiempo les obedece y vuelve con ellos a Nazareth y les estaba sujeto. Así como Josué, el sucesor de Moisés detuvo al sol y prolongó el día de la batalla de Gabaón (Josué 10, 12), así ahora María y José, pero inversamente, detienen al sol de justicia, Cristo, que había emprendido su marcha de salvación y prolongan la noche de la vida oculta. Y Cristo obedece, porque José representa la voluntad del Padre celestial. En la misión salvadora del Mesías, todo debía respetar en lo posible, las leyes naturales y así como a Cristo le vino en la infancia paulatinamente el habla, así también correspondía que hablara como Maestro sabio, en la plenitud de la vida y no con el prodigio de una adolescencia milagrosa... Este episodio del templo fue sólo un relámpago, una chispa, un anticipo.

Y la Sagrada Familia continúa en Nazareth esa vida aparentemente prosaica y Jesús se va convirtiendo en un adolescente, luego en un joven y finalmente en un hombre que trabaja a la par de José. ¿Quién podría imaginar lo que fue convivir codo a codo, diariamente con Dios, con Dios visible y enseñarle y mandarle?... la casa de Nazaret era como un silencioso templo en el cual estuviera siempre expuesto el santísimo Sacramento y los corazones de María y de José eran como incensarios en los cuales se estuviera quemando continuamente el incienso del amor y la adoración.

El tiempo, implacable, fue pasando, las sienes de José comenzaron a encanecer, sus espaldas se fueron encorvando, y el cuerpo de José agobiado por el peso de un alma inmensa llena de amor y de gracia, se fue inclinando hacia esa tierra que lo estaba esperando como un relicario que guardaría sus restos hasta la hora de su gloriosa resurrección. Y un día, quizá fue en un atardecer, al compás del suave paso de las sombras, asistido y despedido por Jesús y por María, el grande y humilde José, la sombra del Padre, se fue de este mundo en puntas de pie.

para que en él también nos gocemos nosotros y por él te glorifiquemos a Ti, fuente de toda belleza, por quien es bello todo cuanto es bello, ¡oh Dios! ¡Causa primera y belleza suprema!

## 2ª Meditación. La Profecía

Dios, nuestro creador, ha querido hablarnos a nosotros, sus criaturas, a través del lenguaje enigmático de las parábolas, de las figuras, de las profecías, y la constatación de ese hecho, patente a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento, nos lleva a preguntarnos el por qué. Intentaremos alguna modesta respuesta.

Es muy propio del pensamiento oriental el uso de la imagen, de la figura, de la parábola, pero eso también es propio del lenguaje poético. Y los secretarios, amanuenses del Espíritu Santo, los escritores sagrados divinamente inspirados eran orientales y muchos de ellos, sin intentarlo, fueron también magníficos poetas. ¿Y no es acaso el lenguaje poético uno de los medios de tratar de expresar lo inexpresable, de expresar algo que está más allá de lo que alcanza a manifestar la materialidad de las palabras? Cristo, que vino a revelarnos un mundo de verdades invisibles, se ve obligado a hablar por medio de comparaciones con las cosas y los seres más visibles... *“el reino de los cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo...”* (Lc. 22, 2) *“Yo soy la puerta de las ovejas...”* (Jn 10, 7) *“El que cree en mí, ríos de agua viva correrán de su seno...”* (Jn. 7, 38) etc., etc. El lenguaje poético, usando de la figura, de la imagen incluso del ritmo, de la musicalidad interna que el poeta imprime a la frase, tiene el poder de despertar en nosotros misteriosos presentimientos de lo futuro, de revivificar reminiscencias de lo que una vez fuimos y de lo que en Adán hemos perdido... por eso la Sagrada Escritura, palabra que Dios dirige a nosotros para hablarnos, para revelarnos lo trascendente, se ve obligada a usar no el lenguaje común ni el lenguaje científico, sino el lenguaje poético, se ve obligada a usar

la figura, y la imagen. Pero, ¿y la profecía? ¿Qué sentido podemos hallarle? ¿Se nos da para alimentar nuestro apetito de misterio? ¿Se nos da para entretenernos como descifradores de acertijos?

Ciertamente que no. *La Profecía es dada para confirmar la fe.* En el evangelio de San Juan cuando se narra el lavatorio de los pies y Jesús profetiza la traición de Judas, dice el Señor: *“Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy.”* (Jn. 13, 19).

La profecía además de confirmar la fe, puede ser una llamada al arrepentimiento y a la salvación.

Antes de su pasión, Jesús, hablando a Pedro, profetiza: *“Simón, Simón, Satanás os busca para sacudiros como trigo, pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca y tú una vez convertido, fortalece a tus hermanos.”* (Lc. 22, 32).

La profecía es dada como señal de alerta y de preparación, como elemento de juicio para discernir los tiempos dentro del desarrollo del plan de salvación. Así Jesús, hablando de la ruina del templo de Jerusalén y de las persecuciones que aguardan a los cristianos que vivirán el fin de los tiempos, profetiza: (Mt. 7, 24; Lc. 21, 5 ss.) *“Mirad que nadie os induzca a error, Muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy, y extraviarán a muchos. Estad alertas, os entregarán y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos. Se levantarán falsos mesías y falsos profetas y harán señales y prodigios para inducir a error, si fuere posible, aún a los elegidos. Pero vosotros estad sobre aviso, de antemano os he dicho todas las cosas.”*

La profecía puede ser dada también para que, iluminando las mentes, haga nacer o fortalecer la esperanza; así, cuando Adán y Eva han pecado, Dios, antes de expulsarlos del Paraíso, como viático y promesa de futura restauración, proclama solemnemente el protoevangelio (Gen 3, 15), la primera buena noticia después de la catástrofe, la maldición a la Serpiente y el anuncio de la Mujer futura que con su talón aplastará su cabeza. La profecía en este sentido fortalece también la esperanza

¿Pero... no es acaso el hijo de un insignificante? ¿Qué deducimos de ello?

Que la Sagrada Familia vivía del trabajo artesanal de José, que él era el carpintero de la aldea, no precisamente uno de los vecinos ilustres, como lo indica el matiz despectivo de Lucas. Sus manos callosas certificaban su duro trabajo manejando la sierra, el cepillo, el martillo y el hacha, construyendo puertas, arreglando carros y toda clase de muebles o levantando vallados o preparando vigas para sostener techos. A su lado, María se entregaba a las labores de un ama de casa pobre. Como era costumbre en esa época de Palestina, se levantaría al canto del gallo para moler el trigo con el molino de mano para amasar el pan del día; iría a la única fuente del pueblo para buscar agua con el gran cántaro sobre la cabeza y además hilaría, tejería y lavaría la ropa de la casa. Esta vida sin peripecias exteriores, sin brillo, sin historia, comienza poco más allá del año 750 después de la fundación de Roma y se prolongará, como dijimos, casi un cuarto de siglo. El trabajo es duro, las comodidades pocas, pero ahí está ese niño, aquí es acertada la aplicación de *divino*, resumen de todas las bellezas del cielo y de la tierra, niño que crece ante sus ojos *“El niño crecía y se robustecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios habitaba en él”* (Lc. 2, 40), y era su rostro cada vez más semejante al de su madre.

Una vez por año, al llegar la Pascua, la Sagrada Familia interrumpía la rutina y se dirigían piadosamente a Jerusalén. Es allí cuando Jesús, que tenía 12 años, levanta por un momento el velo que cubría su misión divina. Discute con los doctores de la Ley en el templo (Lc. 2, 41), como vencido por un momento, por su impaciencia en rectificar las verdades tergiversadas por esos fariseos que se habían convertido en guías ciegos del pueblo elegido, al cual conducían a los despeñaderos del error.

Allí mismo manifiesta su conciencia plena de su origen divino y de su misión mesiánica, cuando reprochándole María el haberlos abandonado durante tres días, le contesta: *“¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi padre?”* (Lc. 2, 49). Volvió con ellos a Nazareth y les estaba sujeto. ¡Qué

tenidos como gente de poco valer, el nombre nazareno era tenido poco menos que como una injuria... recordemos simplemente lo que narra San Juan en el primer capítulo de su evangelio, cuando Felipe, a quien Jesús había llamado para que lo siguiera, se encuentra luego con Natanael y le dice (v. 45): *“Hemos hallado a aquél de quién escribió Moisés en la Ley y los Profetas, a Jesús, hijo de José, de Nazareth. Le responde Natanael: ¿De Nazareth puede salir algo bueno?”* Domiciliado en Nazareth, Jesús debía llevar el nombre que se daba a los de aquel pueblo, nombre de desprecio. ¿Pero acaso los profetas no habían vaticinado que el Siervo de Yahvé, el Mesías, sería desconocido y despreciado? Por otra parte, Isaías en su capítulo 11, había llamado al Mesías, retoño, brote: *“Y brotará un retoño del tronco de Jesé, brotará de sus raíces un vástago, sobre el que reposará el espíritu de Dios.”* En hebreo, retoño, brote se llama NETSER, y algunos estudiosos de la Sagrada Escritura piensan que Nazareth recibió este nombre, derivándolo de Netser, brote, precisamente por la cantidad de flores que brotan y tapizan las laderas de sus colinas durante la estación lluviosa. Así pues, Nazareth, la brotada, la florecida, está destinada a albergar al brote, al retoño que sale del tronco de la familia de David, al Mesías. Aquí, en esta aldea insignificante, ignorada por completo por el Antiguo Testamento, ignorada por el famoso historiador judío Flavio Josefo y por toda la literatura rabínica y que fuera de los documentos cristianos no es citada por nadie hasta 800 años después de Cristo, cuando se la nombra en una elegía judía de Kalir; es aquí donde va a vivir durante casi un cuarto de siglo el Salvador del mundo con María y José.

¿Y qué fue esa vida? La vida laboriosa y anónima de los más pobres, de los cualquiera. Cuando Jesús comience su vida pública, sus convecinos se preguntarán atónitos, y lo consigna Mateo en su evangelio, 13, 53: *“¿De dónde le vienen a éste tal sabiduría y tales poderes? ¿No es éste el hijo del carpintero? Y se escandalizaban de él.”* Lucas registra: *“¿No es éste el hijo de José?”* (4, 23). Asombrados, como queriendo decir: ¡qué bien!

indicando que el desarrollo de la historia no escapa al control de Dios; que aún en el pecado, en la maldad, aún en la rebeldía o la blasfemia, la Humanidad no escapa al poder del Creador, que aún el pecado, la maldad, la rebeldía o la blasfemia, quedan integrados al plan de salvación, están previstos por Dios y si la libertad humana descarriada no elige hasta el último momento su condenación, Dios es capaz de transmutar todo eso en salvación, en arrepentimiento, en obra maestra de rectificación.

El otro sentido de la profecía donde se conjugan la confirmación de la fe y el aliento a la esperanza es la siguiente: así como un artista, un gran pintor por ejemplo, esboza la obra que quiere crear y por sucesivas aproximaciones que preludian lo definitivo, se va acercando a lo percibido por su genio, así también Dios esboza y preludia en distintos personajes y episodios de la Historia Santa, los personajes definitivos. Así por ejemplo, el profeta Jonás (Jon. 2, 1) encerrado durante tres días en el vientre de la ballena es imagen y profecía de la permanencia de Cristo durante tres días en el seno de la tierra; Isaac cargado con un haz de leña subiendo a ese monte del país de Moria donde debe ser sacrificado por su padre Abraham (Gen 22,6), es figura de Cristo subiendo al monte Calvario donde debe ser sacrificado por la voluntad de su Padre Celestial. Sara, esposa de Abraham, de 90 años y ya estéril engendrando a Isaac, el hijo de la promesa, contra todas las leyes de la naturaleza (Gen 18, 9-15), es figura de María Santísima, que más anciana que Sara en cuanto a sabiduría y habiéndose hecho estéril por el voto perpetuo de virginidad, engendra sin embargo fuera de las leyes de la naturaleza a Jesús, el hijo de la promesa. Podríamos multiplicar los ejemplos.

*La pregunta es ésta: ¿También José fue anticipado por alguna figura profética? ¿Era tan importante José para que Dios lo anticipara?*

La respuesta es afirmativa y hasta podríamos decir que Dios se gozó en describirlo proféticamente con un preciosismo exquisito. Figura de José es *Mardoqueo*, el personaje principal del libro de Ester, de la estirpe real, primo y tutor de esa Ester que es figura

de María y a quien Mardoqueo incita a interceder ante su esposo el rey Asuero para obtener de él la salvación del pueblo Hebreo (15, 1). Él es de la misma familia de Ester, son primos, y ella estaba destinada a ser su esposa de acuerdo con la ley, por ser de su misma tribu (Nota de Straubinger a II, 7) Tienen pues vínculos íntimos, pero también la distancia de la castidad, como José con María, siendo ambos de la familia de David y estando unidos en una misión, pero con la reserva sagrada de la virginidad.

Figura también de San José, es el Patriarca José, hijo de Jacob y de su mujer Raquel (Gen 30, 22). Vendido por sus hermanos, el patriarca José es llevado a Egipto, donde es comprado por Putifar, ministro del faraón y jefe de la guardia egipcia (Gen 39, 1). José es tentado por la esposa infiel de Putifar, pero permanece casto, y calumniado por esa mala mujer es encarcelado. José es puesto en libertad luego de haber interpretado milagrosamente misteriosos sueños del faraón, quien lo nombra primer ministro de su reino y encargado del gobierno de su casa. Cuando llega la escasez de alimentos predicha en el sueño del faraón interpretado por José, éste como virrey de Egipto había almacenado tanto trigo que aún pudo ayudar a sus hermanos israelíes (Gen 41, 56 y 42). Este primer José fue en Egipto, el custodio del pan natural, el segundo José guardó en Egipto a Jesús, el pan sobrenatural; el primer José conserva su castidad y respeta a su señor en la persona de su esposa, el segundo José, tan casto como el primero, reconociendo virgen a María, la guarda fidelísimamente intacta por respeto al designio de Dios. Ambos José fueron los hombres del misterio y el sueño les dijo sus secretos, ambos fueron instruidos en sueños y ambos adivinaron las cosas ocultas. A ambos José se les confió el gobierno de la casa y del reino. El primer José en un sueño profético vio el sol y la luna prosternados ante él (Gen 37,9), el segundo José mandaba a Jesús y a María y Jesús y María le obedecían. Arrodillémonos también nosotros ante José y obedezcámosle como niños que piden orientación y ayuda al hermano mayor, a este gigantesco hermano mayor, el varón fiel, el hombre del silencio y del

-¿Escuchas San José la voz del infierno y su petulante desplante de despechado perdedor?... él sabe y tú y nosotros también, que no puede ganar... sólo molestar... pero eso lo hace bien...ese desdichado, impotente de amar y hacer el bien... el mal lo hace bien; pero asístenos entonces bienaventurado José a nosotros, pequeños y débiles miembros de la Iglesia, a sufrir con paciencia como otrora tú, las penurias del exilio y con humilde firmeza los ataque del mal y enséñanos a transmutar el mal en bien, la pena en mérito, y la tentación en victoria, para complacencia de nuestra Cabeza y su gloria. ¡Amén! ¡Amén!

## 8ª Meditación. Nazareth

En la anterior meditación dejamos a la Sagrada Familia en Egipto; veamos ahora su regreso a Palestina. Dice el evangelista San Mateo (2, 19): *“Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: Levántate, toma al Niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del Niño. Levantándose, tomó al Niño y a su Madre y partió para la tierra de Israel. Mas, habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temió ir allá y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar a una ciudad llamada Nazareth, para que se cumpliese lo dicho por los profetas, que sería llamado Nazareno.”* (Is. 11, 1).

Nos encontramos ahora en los umbrales de la santa casa de Nazareth, a la cual nos asomaremos para contemplar sus misterios, no como turistas curiosos, sino como peregrinos piadosos que llegan después de un largo viaje que pasó por Belén y Egipto, siguiendo y venerando las huellas de San José, hasta el lugar mismo donde vivió sus últimos años y el desenlace de su bella vida.

Nazareth es una ciudad que nunca tuvo importancia. Su único título de gloria, sublime pero único, es que en ella tuvo lugar la Anunciación del ángel a María y la Encarnación del Verbo. Era un lugar poco conocido, sus moradores de poco talento y

Pero no es sólo fortaleza de carácter y unidad conyugal lo que bastaban para esos resultados... todo eso se apoyaba en una absoluta confianza en Dios, en que Él no les iba a faltar, ya que por Él y por su Hijo predilecto lo abandonaron todo y lo emprendieron todo. Dijimos que ya en Belén comienza el calvario de José, y ahora se prolonga en este destierro, al cual se une un sufrimiento particular, un dolor sobrenatural. Él lee en Jesús su horror infinito por esa idolatría que los rodeaba y que preparaba un eterno reino de tinieblas a esas criaturas tan amadas que Él había creado para la luz y sin embargo debía vivir rodeado de esa idolatría, lejos del templo del verdadero Dios y de las santas ceremonias que hacían llegar permanentemente al cielo la adoración de un pueblo, y José se une al horror y al dolor del corazón de Jesús Niño y junto a Él padece los inacabables días de ese cruel exilio.

### Oración

Poderoso protector de la Iglesia, San José, sabiendo el demonio que le queda poco tiempo de libertad para interferir en la obra de Dios sobre la Tierra, está haciendo sus últimos y rabiosos intentos, suscitando en todas partes nuevos Herodes para matar a Cristo en los corazones y es por eso que los cristianos en todo lugar estamos comiendo el amargo pan del exilio; ya todo el mundo moderno es Egipto, tierra de idolatría, ya en todas partes están expulsando a Dios y reemplazándolo por ídolos, están tratando de borrar toda huella de su paso, toda señal de su presencia, están buscando desterrarlo de la historia, de la sociedad, de la naturaleza, de la creación entera y están procurando también vaciar y desecar su Iglesia, ese sagrado Nilo, río sobrenatural de gracia y divina fecundidad...

¡Alto egipcios! ¡Lo que maquináis es suicidio, es convertirlo todo en estéril mar de arena!...

-Egipcios: ¡Qué importa! ¡Ninguna consecuencia importa con tal que la Iglesia degrade a lecho seco y muera! ¡Con tal que ya no pueda complacerse en ella su Cabeza y aborrecido fundador!

incógnito, pero predilecto del corazón de Dios y profetizado por los siglos como figura importantísima en el plan de la salvación.

### Oración

Gracias Señor por enseñarnos mediante las figuras proféticas de San José, que en esta vida, muchas verdades podrían ser profecía de verdades futuras más verdaderas; gracias por enseñarnos que vivimos rodeados por el claroscuro de misterios divinos, iluminados por la bondad de Dios con vislumbres que son promesa de una luz más plena, para que la esperanza nos ayude a peregrinar sin desalientos, por entre las sombras que nos rodean hacia la comprensión y la luz total que un día nos espera.

## 3ª Meditación. El incógnito

Hemos mostrado los distintos sentidos de la profecía y cómo y dónde fue profetizado San José y su misión en el plan salvador de Dios. Dijimos que el hecho de haber sido profetizado, es señal de su importancia. Ahora nos preguntamos, ¿por qué entonces ha sido tanto tiempo desconocido y ha envuelto su memoria un misterioso incógnito?, y aún hoy, ¿para cuántos San José es sólo poco más que un nombre?...

Una de las costumbres de Dios que manifiesta el secreto de su carácter y el misterio de su trascendencia, es el incógnito que lo circunda. Nuestro Dios es un Dios escondido y para hallarlo debemos escondernos nosotros también, dirá San Juan de la Cruz, por eso hay en todos los santos y en los cristianos que han alcanzado cierta profundidad en su fe, un más allá que los que lo rodean no alcanzan... y como sucede a menudo con lo que no alcanzamos a comprender, nuestro orgullo despechado lo envuelve en un sudario de desprecio. Isaías pudo decir del Mesías futuro, del Siervo de Yahvé: *“Despreciado, resaca del género humano, varón de dolores, conoedor de todos los quebrantos, uno ante quién se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada”* (Is. 53). Es verdad, cuando más alta la grandeza, más profundo el desprecio de quienes no la alcanzan.

¡Qué abismos de bajeza acechan en la naturaleza humana caída! Pero no es solamente la trascendencia, esto es ese estar más allá de todo, lo que explica el velo del incógnito que rodea a la divinidad, está además esa delicadeza, ese respeto de Dios por el ser creado al cual la Verdad Absoluta no quiere avasallar con prepotencia imponiéndole sus evidencias, antes bien, opacando con misterio su luz inmensa, invita a la inteligencia de su criatura, a buscarle con amor usando como antorchas, la razón, la fe y el propio corazón. Esto nos lleva de la mano a otro motivo del incógnito divino: sólo el amor tiene derecho a la desnudez y por eso el amor sólo se desnuda ante el amor... Dios no se revela a cualquiera sino sólo a aquél que le busca con amor. Los santos han participado de este incógnito en la medida misma en que más cerca estuvieron del Dios escondido, de ese Dios al cual los atenienses habían levantado un altar en el cual estaba escrito: “*A Dios Desconocido*”, como lo atestigua el apóstol Pablo en su discurso en el Areópago (Act. 17, 22).

Los santos no sólo aceptaron ser desconocidos, sino que lo buscaron. Lo buscaron como imitación de su Dios menospreciado por la mirada estúpida del mundo y para acompañarle en su suerte, lo buscaron como una especie de altivo repudio del insuficiente reconocimiento que de las realidades supremas de la vida humana, hace la mirada frívola, los ojos vacíos de alma de los mundanos. Los santos son todo o nada, y entre la corona de laurel que puede ofrecerles esta tierra y nada, prefieren quedarse con las manos vacías; sólo de Dios esperan su recompensa, sólo de Dios esperan el verdadero reconocimiento y la verdadera grandeza.

Por eso, la *Imitación de Cristo*, ese libro notable entre los libros notables, que enseña sin concesiones y con seguridad los secretos senderos para llegar a la cumbre del espíritu, nos aconseja en una de sus páginas: “*¿Queréis aprender algo que os aproveche?: Amad el ser desconocidos y considerados como nada.*” (Tratado I, cap.2º). El mismo Señor Jesús dice a sus discípulos: “*¡Ay de vosotros cuando digan bien de vosotros todos los hombres!*” (Lc. 6, 26). La mentira encuentra tanta

había vivido errante por esas mismas regiones durante cuarenta años al amparo de la omnipotente misericordia del Creador. Y he aquí que ahora, el mismo Creador en persona, humillado a la condición de niño, vaga también errante en ese famoso desierto, renovando en sentido inverso el éxodo del pueblo de Dios, rumbo a Egipto, expulsado de la tierra prometida por aquél mismo pueblo a quien él había guiado con una columna de fuego, curado con una serpiente de bronce, alimentando con maná del cielo... qué ingratitud. Y llegan a Egipto, quizá según una tradición a Heliópolis, la ciudad del sol, que entonces sí sería en realidad lo que indica su nombre, porque en ella reside el verdadero sol de justicia... y caminan por la ciudad de calles estrechas, con sus ricos bazares y sus numerosos templos que provocan en el corazón de la Sagrada Familia, una profunda congoja. Qué lejos está el templo del verdadero Dios, la hermosa Jerusalén, pupila de los ojos de Dios. Y comienzan para ellos los interminables días del exilio.

¿Qué nos muestra este misterio de Egipto, en San José? En primer lugar su fe. Se puede afirmar que después de la Santísima Virgen, ninguna criatura ha vivido tanto de fe como San José, una fe alimentada de sufrimiento, templada en el dolor. Hay que huir... ¿Huir un Dios?... pero José que ya había creído en la virgen madre, en un Dios niño, en el nacimiento del que es eterno... cree una vez más. Obediencia heroica, como ya dijimos. No pregunta, no pone objeciones, no pide dilaciones, se levanta y parte, casi sin nada. Esto último nos muestra su abandono a la providencia. ¿Acaso conocen el camino en el desierto? Jamás lo han recorrido. Pero allá van. ¿Encontrarán agua? ¿Encontrarán fieras? ¿Les alcanzarán las fuerzas? ¿De qué vivirán en Egipto? Del trabajo de José. ¿Pero lo habrá para un extranjero? ¿Cómo se arreglarán con el idioma? Ninguna de estas preguntas los detiene. ¡Qué carácter enérgico y firme tenían María y José! ¿Y el amor matrimonial? ¡Qué unidad total de espíritu entre los dos para afrontar juntos sin disidencias todas las pruebas!

su pueblo para refugiarse en una comarca pagana y santificar allí con su presencia, la tierra misma que desde antiguo había sido la principal enemiga de su raza y era entonces el modelo típico de todas las formas de idolatría.

En aquella región inundada de tinieblas espirituales, Jesús logra una morada donde pasar los primeros años de su infancia... Pero no nos adelantemos, retrocedamos a la noche de la huída.

La sombra nocturna vela silenciosa la aldea de Belén cuando José recibe la orden del ángel: ¡Levántate!... y José, con obediencia y fe heroicas, sin discusiones, sin titubeos, levantándose de noche... (Mt. 2, 13-14), despierta a María, le comunica la orden recibida y luego de rápidos y sigilosos preparativos con los que juntan los elementos más indispensables para atravesar el desierto, el clásico mar de arena, donde no se ve ni un junco, donde no crece una hierba, donde la vista no descubre ni un hilito de agua, el desierto de Idumea, el que 59 años antes habían atravesado las legiones de Gabinio, expertas en marchas fatigosas y que no obstante, estaban más aterradas de aquella travesía que de los combates que les aguardaban en Egipto; José toma también algunas herramientas para trabajar y sobrevivir en el destierro... Y así parten escondiéndose en las sombras y envueltos en el silencio... el hombre Dios se va como había venido, sin ser notado por nadie y sin que nadie le echase de menos. Y así se internan en el desierto, un pobre carpintero, una madre joven y delicada y su hijo en brazos, perseguidos por la furia asesina de un tirano. Detrás de ellos quedan durmiendo apaciblemente en sus cunas, en esas casas que no tuvieron un poquito de amor o de compasión para dar a Jesús un lugar donde nacer, los niños de Belén, que dentro de pocas horas serán degollados y pasarán a la historia con el nombre de Santos Inocentes, los primeros mártires y compañeros de pasión del futuro crucificado (Mt. 2, 16).

Pero sigamos adelante. ¡Cómo mirarían los ojos de José y María el desierto que se extendía ante su vista! Siglos antes, el pueblo hebreo, luego de ser liberado de la esclavitud de Egipto

complicidad en el corazón humano y éste es tan inclinado a ella, que el aplauso de los mundanos es para un verdadero cristiano, motivo para preguntarse si no habrá traicionado en algo a su Maestro.

Y esta es otra de las razones por las cuales los santos aman el olvido y el desprecio: cuando uno es marginado y despreciado por ser cristiano, está seguro de que va por la senda recta. Hay otro motivo para el incógnito de los santos que hay que notar: el incógnito, el ser desconocido e ignorado es, aún más que el desprecio mismo, una medicina eficaz para matar al hombre viejo, al falso yo, exhibicionista, vanidoso, deseoso de ser exaltado aún más allá de sus merecimientos. ¡Cuántos posibles santos habrán quedado abortados simplemente por el veneno de las alabanzas!...

Pero hay una razón más profunda todavía para el incógnito especial de que gozan algunos santos: así como los niños tienen juguetes que comparten con otros niños o que usan en los juegos comunes y se reservan algún juguete predilecto que es para ellos solos y ni siquiera lo muestran; así como se narra en la vida de un gran músico, que cierta vez compuso una bellísima canción para su esposa, a quien amaba en extremo, y luego que ella la aprendió de memoria, él destruyó la partitura para no compartirla con nadie, así también Dios, se ha reservado ciertos santos en especial, santos ignorados del mundo pero cuyas almas, purificadas y afinadas al diapason de lo divino vibran como arpas en melodiosos himnos de amor y de alabanza, exclusivamente para los oídos de Dios, y viceversa, estos elegidos entre este ingrato mundo y llamados a la soledad y al olvido para agrandar exclusivamente a Dios y para saciar como una oculta gota de rocío la sed del Amor despreciado, se gozan de su vocación, se hunden voluntariamente en las sombras, se eclipsan a los ojos humanos, se ocultan en la luz de Dios y ofrecen su corazón solitario como un duce asilo al Hijo del Hombre, a Aquél que no tiene dónde reclinar la cabeza. En estas almas desconocidas, el amor rechazado, el amor mendigo y crucificado encuentra su consuelo.

San José fue una de estas almas. Toda su vida fue relativa a Dios. Por eso los hombres sabemos tan poco de él. La Sagrada Escritura sólo dice que era un “*varón justo*” (Mt. 1, 19) (que es la forma con que la Sagrada Escritura canoniza a los que son dignos de ello); que era de la casa de David, desposado con María (Lc. 1, 27); que el ángel de Dios le hablaba en sueños, y que él obedecía (Mt. 2, 13); que junto con la Santísima Virgen vivieron la agonía de la pérdida de Jesús niño durante tres interminables días; que Jesús volvió a Nazareth con ellos y les obedecía (Lc. 2, 43 ss.). Luego su vida se pierde en lo desconocido como un río de superficie que luego se hiciera subterráneo y del cual no se conociera el estuario. José se pierde en la sombra, él mismo no es sino una sombra, pero la sombra del Eterno Padre que tiene en él su representante y por eso Jesús le obedece con una dilección infinita. Jesús, en todo igual al Padre, encuentra en esta sumisión a José uno de los modos de expresar su amor al Padre. José es una sombra al amparo de la cual queda a cubierto el honor de María, una sombra a través de la cual María ve al Espíritu Santo que la ha hecho madre sin dejar de ser virgen, una sombra bajo la cual la virgen de las vírgenes conservará intacto el misterio de su virginidad. San José es una sombra y es también un velo, él está velado y a su vez vela otras grandezas. Por él está oculta la maternidad milagrosa de María y su perpetua virginidad; por su inviolable reserva quedó velada la encarnación del Verbo y su presencia entre los hombres, por eso el Cardenal Billot, el teólogo de San Pío X, al conjeturar la época de la muerte de San José, la ubica hacia poco antes de comenzar Jesús su vida pública, porque al llegar el tiempo en que debía manifestarse el Mesías a los hombres, debía retirarse el velo para que poco a poco se acostumbraen los hombres a pensar que Cristo no tuvo padre según la carne. Pero, ¿cómo pudo quedar oculta la santidad de José siendo inmensa como era? En efecto, si José fue todo lo que acabamos de decir y partiendo del principio de que Dios, cuando elige a una persona para una misión es porque en esa persona existen las cualidades para la misma o

Por ello te pedimos, querido San José, que camines en la tierra a nuestro lado y seas nuestro buen custodio, como lo fuiste de Jesús y de María y perdona nuestro atrevimiento si también te pedimos que seas además nuestro maestro y nos enseñes el espíritu de Belén, para desarmar y curar nuestra soberbia y así llegar a ser alabanza de la gloria del omnipotente Dios, humilde y sabio que nos ha creado y que en nosotros quiere verse reflejado. Amén.

## 7ª Meditación. Egipto

Ya hemos hablado de Belén, ahora lo haremos de Egipto, segundo contexto geográfico que enmarcó la vida de San José. El evangelista San Mateo (2, 13), narra que después de haber partido los tres reyes do oriente venidos para adorar a Jesús Niño, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: *“Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo. Levantándose de noche, tomó al niño y a la madre y se retiró hacia Egipto permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por el profeta Oseas diciendo (11, 1): Cuando Israel era niño, yo le amé y de Egipto llamé a mi hijo.”*

Jesús era el verdadero hijo que Dios iba a hacer regresar de Egipto a su tiempo. Pero ahora debe huir de la muerte que le quiere infligir Herodes por ambiciosos motivos personales y políticos; cuando Jesús muera será porque habrá llegado la hora determinada por su sabiduría eterna y morirá por motivos religiosos.

Egipto era el país clásico del refugio político. Era provincia romana, gobernada directamente por un prefecto y fuera de la jurisdicción de Herodes. En Egipto Jesús está a salvo. Los gentiles, los que no éramos pueblo elegido, nos hemos complacido en tener este misterio de la huida a Egipto, después del misterio de la Epifanía, como el comienzo de la conversión obrada por Nuestro Señor en nosotros. Vemos en efecto aquí, a Jesús huir de



prestigios heredaros, ni en esas galas postizas con que se pavonean los que no tienen méritos personales: patria ilustre, transmitidos galones culturales, célebre apellido... llamativos abalorios para fascinar a los niños.

Te pedimos, humilde y sabio José, la gracia de estar contentos con todo lo que Dios ha querido para nosotros, aún en sus menores detalles, pero si por un imposible Él nos diera a elegir un volver a nacer y un camino libre a elegir, pediríamos José, tu sabiduría, para confirmar lo que Él ya eligió para nosotros; y si aún así Él nos apremiara a elegir otra variante secundaria para tomarle bien el pulso a nuestra sensatez, ayudados por ti San José, optaríamos por lo que Dios eligió para David, para ti y para Sí: Belén,

el ser grandes sin dejar de ser pequeños,  
el ser irreprochables pero sin brillo,  
el ser valiosos pero desconocidos,

y así estaríamos eligiendo el pasar por esta vida como tú, ignorados y desestimados, junto a nuestros contemporáneos, tan ciegos, y displicentes ellos para las cosas divinas, como lo fueron en Belén tus conciudadanos, ante quienes pasaste agobiado por tu inmensa misión sobrenatural, siendo tú a sus opacos ojos sólo un pobre alguien más, escoltando a su humilde mujer en estado de gravidez... tal la inmensa pero igualmente incógnita Madre de Dios llevando en sí, encubierto, al Verbo Encarnado, al todopoderoso Hacedor del mundo mendigando un lugar para nacer.

También nosotros, San José... aún los más pequeños de nosotros, amados y elegidos en Cristo desde toda la eternidad por el creador del universo, según enseña el Apóstol escribiendo a los cristianos de Éfeso, también nosotros estamos abrumados por una alta y oculta misión sobrenatural y llevamos en secreto y encubierta la imagen y semejanza del Verbo y transitamos animados en el seno de la Iglesia, figurada en el seno de María, allí engendrados y gestados para nacer un día a la vida eterna en algún lugar del bellos cielo que el Señor, para nosotros, con divino esmero, está prolijamente disponiendo.

Dios se las concederá, animémonos a sospechar la inmensa santidad que se esconde tras el incógnito de José.

Si por los cimientos podemos sospechar la altura que tendrá el edificio y por la profundidad de la humildad, la altura de la santidad, si todo sacerdote, aún el más soberbio, es humilde por lo menos en el momento de la consagración, cuando sabe, confundido y avergonzado, que a la orden de su voz de hombre pecador, Dios mismo obedecerá y transubstanciará el pan en su carne purísima, *¿podemos imaginar*, los abismos de humildad que se fueron cavando en José en los treinta años en que Jesús y María le obedecieron? ¿Podemos imaginar entonces la altura de su santidad? Solo la omnipotencia y la exclusivista predilección divina podían ocultar la santidad de José y la necia ceguera humana ignorarla.

A ese gran maestro de la vida espiritual que fue el Padre Surin, le fue dicho, por una persona muy íntima de Dios, que a San José le ha sido concedido un poder especial para asistir a las almas cuya virtud debía estar oculta en este mundo, como lo había estado la suya propia, tan poco conocida siempre, y que en desquite y recompensa por ese incógnito tan humilde y fielmente asumido por él, Dios ha querido que sólo las almas extremadamente puras, tuviesen luces tocantes a su grandeza (Carta N° 18 de su Correspondencia, Descleé de Brouwer, 1966). Imploramos para nosotros el ser aceptados bajo la protección y magisterio de José, el gran desconocido, y que nuestra modesta y desapercibida vida, dé sin embargo, como la suya, gloria y alegría a Dios y llegue al nivel de santidad que Él ha querido para ella.

### Oración

San José, Protector de aquellos discípulos del Maestro que lo siguen sólo por amor, sin pretender con ello puestos de privilegio; Patrono de los anónimos labradores que trabajan sin aplausos en la Viña del Señor de los Señores; Modelo para los incontables cristianos que a lo largo de los siglos, sólo por Dios, como soldados desconocidos, exponen sus pechos desnudos de

condecoraciones a todos los peligros y juegan su vida en cada conflicto, por obediencia y adhesión a su Señor Jesucristo.

A ti apelamos, imaginámonos San José! nosotros, los cristianos a quienes ha tocado vivir en este siglo amorador de primeros planos, trepador de primeros puestos, mendigo de terrenas gratificaciones y humanos reconocimientos, para que nos obtengas la gracia de imitar tu hidalgo desinterés, tu reposada independencia de la mirada de los hombres y tu confiado y sabio aprecio de la infalible y justiciera mirada de Dios. Te suplicamos nos alcances la alta sabiduría de saber aceptar y valorar como un especial honor que nos asemeja al Siervo de Yahvé de Isaías, ese pasar por el mundo como una unidad más, transeúntes sin rostro confundidos en las filas de las generaciones perdidas, opacos a la mirada de los humanos y desconocidos también por la mayoría de los que están a nuestro lado.

Y ahora San José, una postrera gracia te implora nuestra audacia: alcánzanos el llegar a ser un día, a pesar de nuestra pequeñez, lo que siempre fuiste tú: una alegría para los ojos de Dios, nuestro maravilloso Creador y mil veces bendito Redentor, para quien cada uno vale tanto como el mundo. Amén.

## 4ª Meditación. Un varón de nombre José

Partiremos de las palabras de la Sagrada Escritura, Lc. 1, 26 y ss.: *“En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazareth, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David”*. Estas palabras parecen inútiles, ya que toda mujer se desposa con un varón... sin embargo San Bernardo nos prueba que no deben ser vanas estas palabras cuando dice: *“Si no cae una hoja del árbol sin causa, ni un pájaro a tierra sin la voluntad del Padre celestial, si de toda palabra ociosa que hablen los hombres han de dar cuenta en el día del Juicio, ¿podría yo juzgar que de la boca del santo evangelista saliera una palabra superflua o al acaso, especialmente en la sagrada historia de aquél que es palabra de Dios? No lo pienso así: todas sus palabras están llenas*

Isaías (cap. 53) y será llevado un día como oveja al matadero y será despreciado y repudiado y asesinado... ¿será posible? -Todo es posible en la Humanidad caída-. Se repetirá la historia y Caín volverá a matar a Abel... ¡Pobre niño no te podemos evitar el crecer!... José se levanta y sale a la noche y sus lágrimas brillan en su rostro como estrellas, como esas estrellas que palpitan arriba en el fondo de los cielos. Belén es para José la cumbre de su gozo pero también el comienzo de su dolor. Se le exige una dichosa y terrible misión. Criar para salvación del mundo al Salvador... ya el poeta habló una vez del *terror y el éxtasis de sentirse un elegido* (Verlaine)... Belén pone sobre los hombros de José el peso sobrehumano de una dura y dulce cruz, de una gozosa responsabilidad que sólo la fuerza misma de Dios pudo habilitarlo para llevar. Pidamos a José que nos ayude a llevar el peso de nuestras propias almas, habitando en ellas el dulce peso de Jesús y su cruz salvadora que se injertará necesariamente en nuestras vidas si somos de los suyos... y pidamos la fuerza de llevarla también por nuestros hermanos, con gozo... con el gozo austero y magnífico de José en Belén.

## Oración

Cuando a Beethoven le trajeron, tiempo antes de morir, un grabado que reproducía la casucha de techumbre baja donde nació Haydn, exclamó: “¡Qué extraño que un hombre tan grande naciera en un lugar tan mísero!” ¿Cuál hubiera sido entonces el pasmo del gran músico ante la gruta de Belén, de esa insignificante aldea, la pequeña de la profecía de Miqueas, a quien sólo salvó del total olvido el nacimiento en ella de tres seres superlativos?

¿Acaso esa pequeñez les disminuyó a ellos su grandeza? No, más bien la magnificó mostrando que ella no estaba sostenida por ningún soporte extraño a la persona misma y su misión.

Inmenso San José, alcánzanos la gran sabiduría de jamás acomplejarnos por nuestros humildes orígenes y si por el contrario éstos hubieran sido destacados, pedimos más sabiduría todavía para no envanecernos ni apoyarnos indebidamente en

una temblorosa luz... pero ¡qué importa la oscuridad y la pobreza, qué importa la dureza de la repulsa y el frío de la indiferencia, si ya María tiene en sus brazos a la riqueza del cielo, a la luz del mundo, al amor que derretirá todo hielo y quebrará toda dureza! San José se encuentra de rodillas junto al niño en el pesebre en profunda adoración.

Avancemos hasta él calladamente, pongámonos de rodillas a su lado y sigamos el curso de sus pensamientos. No hace una hora aún que ese niño maravilloso ha venido al mundo y esa tristeza de plomo que pesaba como una lápida sobre su corazón y el de su esposa, se ha transformado en un canto de alegría y el gloria a Dios en las alturas de los ángeles había llevado a los más lejanos planetas el eco de la dicha de la tierra... y José de rodillas junto al niño seguía pensando... no hace más que nueve meses que se encarnó en Nazareth y sin embargo su principio no data de Nazareth ni de Belén, tenía ya la edad de la Eternidad cuando nació y el Tiempo, que ya había atravesado tan largas edades, era joven al lado del niño... La creación de los ángeles y su caída, la creación del primer hombre, el remoto amanecer del tiempo, el colosal diluvio, el pueblo elegido, el destierro de Babilonia, los profetas, antorchas en la noche de la historia, todo era joven al lado de este niño que sin embargo, según el cómputo de los hombres, sólo tiene una hora.

Y José sigue pensando... el Dios invisible, el Dios trascendente y misterioso, inaccesible y sólo cognoscible por analogía, está mostrando su rostro, los rasgos de su belleza sin rostro, en el rostro de este niño... él es la expresión visible de las perfecciones invisibles de Aquel que es espíritu puro. Y esos labios deliciosamente sonrosados pertenecen al que un día pronunció el *fiat* de la creación y millones de mundos aparecieron al conjuro de esa voz, esos labios que ahora se obligan a no hablar, son los que están pronunciando la sentencia de vida o de condenación para los innumerables seres que en este momento están devolviendo sus almas a su creador.

Y la memoria de José recuerda las profecías y ahora comienza el calvario. Este niño es el siervo de Yahvé, como lo nombra

*de soberanos misterios y cada una rebosa de celestial dulzura, al menos para el que las considere con diligencia y sepa libar miel de la piedra y aceite del peñasco durísimo. Luego está bien dicho: desposada con un varón.*"

Hasta aquí la cita de San Bernardo. Pero entonces, ¿qué quiere decirnos Dios en ese texto con las palabras *un varón?* - Ciertamente no el sexo. ¿Entonces qué?

Acudamos a las ciencias humanas para ayudarnos en nuestra búsqueda y veamos los elementos gramaticales. En la Biblia Vulgata antigua, como también en la Nueva Vulgata promulgada por S. S. Juan Pablo II, se usa la palabra *vir*, que en latín significa no sólo sexo, sino también el hombre hecho, maduro.

El diccionario oficial de la Real Academia Española hace derivar la palabra *varón* de la latina *varo* que significa fuerte, esforzado, y da como segundo y tercer significado en castellano, el sentido de hombre que ha llegado a la edad viril y hombre de respeto, autoridad y otras prendas. Sintetizando pues los frutos de esta incursión gramatical, para el latín y el castellano, *varón* es la persona de sexo masculino que ha llegado a una plenitud biológica y espiritual.

Podemos afirmar entonces completando a San Bernardo, que la S. Escritura llama a José, *varón*, porque era un hombre en la madurez de la vida y en la madurez de la virtud, ya que virtud significa fuerza espiritual. Hombre virtuoso es el que se ha hecho fuerte contra sus debilidades, que se ha enseñoreado de sus pasiones, y con la gracia se ha vuelto inaccesible a las acechanzas exteriores, José era virtuoso, José era justo, como lo llama también la S. Escritura y decíamos en la meditación anterior, que esa era la forma que tiene la S. E. de canonizar a los que son dignos de ello... y *justo* en la Biblia quiere decir Santo.

¿Cuáles son, nos preguntamos ahora aquellas virtudes fundamentales que constituyen los pilares sobre los que se asienta y gira una vida ética?

Son esas virtudes que la teología católica llama virtudes cardinales, la prudencia, la justicia, la templanza, y la fortaleza y todas ellas las practicó en grado máximo San José.

Veamos. *La prudencia* capacita a nuestro entendimiento para gobernar rectamente nuestras acciones particulares y orientarlas a conseguir nuestro fin sobrenatural. San José poseyó la prudencia perfecta tanto en el gobierno de sí mismo como en el gobierno de su comunidad matrimonial y en todo momento supo seguir el hilo del plan de Dios juzgando y decidiendo correctamente en cada caso lo que había que hacer para cumplir la voluntad divina, tanto cuando se encuentra perplejo ante el embarazo de María, como cuando debe huir a Egipto, o frente al enigma de Jesús perdido tres días en Jerusalén. Cada una de estas coyunturas es una esfinge para José, pero él siempre sale triunfante.

Practicó *la justicia* que es la voluntad constante y perpetua de dar a cada uno lo que le corresponde: a Dios la adoración y la obediencia a sus santas leyes; José fue un varón piadoso y sumiso a las prescripciones y ordenamientos de la voluntad divina cumpliendo cuidadosamente sus deberes religiosos y las ordenaciones a veces durísimas de esa voluntad; dio a la autoridad civil su acatamiento a las justas ordenaciones atinentes a su competencia y por ello se impone el duro sacrificio de emprender viaje en invierno con su esposa encinta para empadronarse (Lc. 2, 43); dio a María la fidelidad de un amor conyugal que si alguna vez quizá conoció tentaciones, jamás conoció desfallecimientos; dio a Jesús, su hijo adoptivo, toda la ternura de su corazón humano y los cuidados solícitos del mejor de los padres... disposiciones interiores que adivinamos en la dolorosa queja de María cuando junto con José hallan a Jesús Niño en el templo entre los doctores de la Ley y ella le dice *“Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote”* (Lc. 2, 48).

José dio a la comunidad social que integraba, el fruto de su trabajo y a la naturaleza caída, rindió el tributo de la aceptación del carácter punitivo del quehacer humano; José no comió su pan de balde ni sus manos estaban libres de callos.

Practicó también la virtud de la *templanza*, que modera el apetito de los placeres sensibles y permite observar en su fruición

al igual que lo fue su antecesor el patriarca José de Egipto. Belén, también patria de David, en cuyos alrededores él guardaba los rebaños de su padre; de Belén él partió para matar a Goliat en el valle del Terebinto (I Rey. 17, 15 ss.) y como los estudiosos de la Sagrada Escritura ven en el santo rey una figura anticipatoria de Cristo Rey, podemos decir que Jesús salió de Belén en su carrera terrestre para vencer al demonio. Ya el profeta Miqueas (5, 1) había anticipado un destino glorioso a Belén diciendo: *“Pero tú Belén de Judá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti saldrá el que ha de ser el dominador de Israel.”*

Belén pequeña ciudad provinciana de menos de mil personas, uno de los horizontes de la vida de José. Pero... abismos de la miseria humana. Belén no sólo es pequeña, es mezquina. Traicionó su misión, como la traicionó el pueblo judío en su conjunto, olvidó la profecía, traicionó su destino de grandeza y cuando su creador viene a ella para nacer en ella y cumplir la elección eterna anunciada por la profecía, Belén no tiene lugar para él y debe nacer fuera de sus muros (Lc. 2, 7). José, que la conocería bien de sus curiosidades y juegos de niño, apenas halló una cueva conocida, refugio de animales, para proteger el parto de María. Falló la hospitalidad de Oriente, en la ciudad mezquina y falló la fuerza de los lazos de la sangre, en los parientes de José. Y he ahí a José con el corazón atribulado y avergonzado frente a su joven y delicada esposa. Un edicto de César Augusto (Lc. 2) le obligó a empadronarse en su ciudad de stirpe y en pleno invierno y con rudimentarios medios de transporte, el transporte de los pobres, se puso en camino con su esposa encinta. Cuántas penurias sufridas con la esperanza de un buen albergue al final del camino... y al final del camino los esperaba sólo un desengaño y un desamparo brutal, y penurias que no vienen ya sólo de los elementos naturales, sino lo que es más cruel, de la dureza del corazón humano.

Qué dolor para el corazón de José, el no poder dar a su esposa y a su Salvador que va a nacer, otro refugio que la dura roca, menos dura que el corazón de los hombres y un poco menos fría que la bóveda estrellada. Y Jesús nace allí a la luz de

silencio!, por eso nosotros que lo desterramos de nuestra vida, iya ni hacer música sabemos!

Hundidos en semejante indigencia, te rogamos, silencioso San José, que aceptes ser nuestro maestro y con la ayuda de la gracia y de tu ejemplo, nos eleves con paciencia a nuestra altura primera, hasta hacernos capaces de llegar a comprender y vivir, aquella altísima enseñanza de San Juan de la Cruz:

*Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo,  
y ésta habla siempre en eterno silencio,  
y en silencio ha de ser oída del alma.*

*(Dichos de luz y amor)*

## 6ª Meditación. Belén

Belén es uno de los pivotes geográficos sobre los que gira la vida de San José. Los otros son Egipto y Nazareth. Nos veríamos tentados de decir: ¡qué horizonte mezquino para una personalidad tan grande!... ¿Pero es que acaso el ámbito interior, espiritual, depende del horizonte exterior, físico?... En cierta medida sí, pero hablando en absoluto, no. Los grandes hombres no dependen de lo que los rodea, los hombres pequeños sí. El ser humano cuanto más grande es, más independiente es de su entorno y lleva en sí mismo la semilla de su grandeza. El tiempo y las circunstancias exteriores son sólo ocasiones para manifestar su grandeza, pero no la crean. Mientras que el hombre pequeño aún en situaciones favorables y puestos de grandeza, muestra su pequeñez, lo hace todo estéril y todo lo rebaja a su medida, el gran hombre, aún en situaciones desfavorables, invierte lo desfavorable y lo desfavorable mismo le sirve para explayar su grandeza, elevando al mismo tiempo a su propia altura, todo lo que lo rodea. Así sucedió con Belén, patria de David (Lc. 2, 4) ciudad natal de Jesús y según algunos, ciudad natal también de José.

Belén significa, en idioma hebreo *casa del pan* y nunca tan bien aplicado un nombre como en este caso. Ciudad natal de Jesús, el pan de vida, ciudad natal de José, el custodio del pan,

una justa medida. Mostró la posesión plena de esa virtud en la castidad perfecta en que vivió hasta el fin de su vida.

Poseyó la virtud de la *fortaleza*, que habilita a la voluntad para emprender la consecución de bienes difíciles sin caer en locas audacias y la sostiene para no desistir de su intento ni retroceder en el camino emprendido, aunque amenacen peligros de muerte. ¡Qué vida la de José en este sentido!; él no fue de ninguna manera un aventurero, pero ¡qué aventura su vida! y ¡con qué sencilla naturalidad la vive y la vive hasta el fin!... es elegido para convivir codo a codo con su Creador hecho hombre, es designado para ser la sombra del eterno Padre sobre la tierra y para mandar a la segunda persona de la Santísima Trinidad hecha niño, mandar a Aquel que un día iba a ser su Juez inapelable; es elegido para esposo de una virgen y será su tarea custodiar esa virginidad y devolverla intacta a su dueño; será despertado una noche por la voz del ángel del Señor y con apenas un puñado de enseres, llevando a cuestas su pobreza y por qué no también un manojo de miedos, deberá expatriarse a Egipto, país extraño y hostil, el país de la idolatría y el pecado, el enemigo secular de Israel... y allá va José con sobrehumana sencillez... en ciertos momentos, ¡qué semejante es la sencillez absoluta al coraje sin límites! (Mt. 2, 13) Pasan los años y el ángel del Señor le ordena volver... y sin quejas, sin discusiones, helo ahí a José pisando otra vez las ardientes arenas del desierto siguiendo las huellas de la voluntad de Yahvé (Mt. 2, 19). Vienen luego los días aparentemente grises de Nazareth (Mt. 2, 23). Y pasan los días y cada día es un tomo de revelaciones divinas, cada palabra de Jesús, cada gesto, cada opción es palabra, gesto y opción de Dios... si nosotros, que somos tan ciegos y descuidados valoramos sin embargo, cada palabra del evangelio como una joya, qué alhajero habría llegado a ser, al cabo de tantos años, el corazón del santo Patriarca y cómo debería reprimir los impulsos del éxtasis para ocultar, bajo el velo de lo cotidiano, los tesoros de gracia que en su interior se iban acumulando. Sólo su fortaleza podía lograr ese milagro: resistir sin estallar, el asedio de Dios. Pero un día su corazón cedió y San

José murió de amor. Sobre su tumba hubiera podido escribirse con austeridad y laconismo espartanos estas simples palabras: *Aquí yace un varón.*

### Oración

Sabemos, San José, por revelaciones hechas a algunos Santos, que unida a la sabiduría de una plena madurez, poseías una gran dulzura y bondad, junto a una integridad férrea y en alto grado el don de fortaleza, por eso te pedimos que te asomes a los balcones del Cielo y mires compasivo a nuestra época, de catastrófica inmadurez, de desenfrenada violencia y sádica crueldad, de ruinoso fragilidad de carácter, de enloquecida anarquía de las pasiones, de caótica subordinación a tantas dependencias, de manera que ya sólo somos subhombres, y a tal punto hemos abdicado el señorío y dominio de nosotros y de las cosas de este mundo, que nos avergonzamos de vernos tan inferiores a nosotros mismos. Por eso te pedimos San José que nos ayudes a permanecer o a volver a ser señores, a ser varones, como dice de ti el Santo Evangelio, a tener la fuerza, la virilidad de la virtud, para ser dignos de la semejanza con Dios, del señorío que Él puso en nosotros por creación y por redención, y junto con esa fuerza te pedimos esa dulzura y bondad que hicieron de ti una tan firme y armoniosa personalidad, cual correspondía al tesorero y hombre de confianza de Dios, al caballeresco compañero, protector y fiel escudero de Nuestra Señora, a la sombra del Padre y ayo del Hijo de Dios.

Porque eres todo eso y además el Patrono de la Iglesia Católica en el tiempo final, nosotros, indigentes de todo, pero hijos de la Iglesia, esperamos de ti lo que pedimos de tu generosa bondad.

Que así sea, que así se nos conceda. Por gracia. Amén.

## 5ª Meditación. El silencio

El silencio es una joya que luce siempre en toda verdadera santidad y cuanto más santa la persona, más silenciosa también. Dios, el Santo de los Santos, es el primer silencioso. Ha hablado

Este tiempo actual es el que ha visto a San José ser declarado Patrono de la Iglesia Católica, la encargada por Dios de la custodia y difusión de su Palabra y así como ayer el Espíritu Santo confió a su esposa, María virgen a San José, hoy le confía a su esposa la Iglesia y su virginidad, que es la integridad de su doctrina, la pureza inmaculada de su divina *Palabra*, y dentro de la Iglesia misma, Dios encomendó a San José la educación de aquellas almas secretas que a su ejemplo en silencio y con pudor sirven al Dios escondido, con callado amor.

Pongamos en manos de San José nuestra fidelidad a la fe que profesamos en el bautismo, la caballerosidad y el desinterés en el servicio divino, el respeto por la palabra, el amor al silencio y además pidámosle la inmunidad al ruido que con tanta generosidad producen y prodigan nuestros sonoros contemporáneos a nuestro paciente psiquismo.

### Oración

Henos aquí a tus pies, San José, preocupados por esta meditación, nosotros, los huérfanos del silencio asesinado, ese antepasado difunto que ni siquiera recordamos.

Nacimos acosados por jaurías de ruidos, crecimos jaraneando en orgías de palabras y ahora no sabemos hacer silencio, y cuando lo logramos, no sabemos qué hacer con el silencio resucitado, así que tratamos de ahuyentarlo como a un insecto molesto, de nuestros hogares, de nuestras salas de espera, de nuestros hospitales, hasta de nuestros templos y es por eso que algunas antiguas penumbrosas iglesias, antaño remansos de silencio y paz, hoy están sonorizadas con fondo musical, para que el lamentable hombre moderno no se sienta extranjero en ellas, como un viajero espacial, que se hubiera equivocado de planeta al tratar de aterrizar. Pero demos un paso más en el examen de nuestra gradual degradación: ya no sabemos hacer música como tampoco sabemos hacer templos.

La música verdadera, está hecha de sonidos y silencios... también el poeta sabe bien eso... que no hay que decirlo ni explicarlo todo... ¡que hay que respetar y dar lugar a la voz del

la máscara risueña de ese siglo hueco, hasta morir finalmente tuberculoso, recogido de la calle en una casa cualquiera.

Los siglos siguientes, los siglos de la incontinencia verbal que con su incontenible drenaje de palabrerío saturan de nada la atmósfera en que vivimos, estos siglos de prepotente y vano ruido, difundido y multiplicado por una plaga de electrónicos grillos, tienen su contrapartida en San José el hombre del divino silencio, el hombre humilde y fiel que sin palabras acompaña al Verbo y a la silenciosa Madre del Verbo. El hombre que con su muda admiración, su callada adoración y su férreo silencio, honró y mantuvo inaccesible, hasta cuando Dios quisiera, la cumbre de misterios confiados a su discreción.

En cambio, nadie más ruidoso y boquirroto que el hombre moderno. Él ama el ruido, le gusta hacerlo alrededor de los demás y le gusta sobre todo que los demás lo hagan alrededor suyo. El ruido es su pasión, su vida, su atmósfera y la publicidad complementa en él muchas otras pasiones. El tiempo actual habla, llora, grita, se confidencia en alta voz, canta aullando y todo lo convierte en exhibición. Detesta la confesión secreta del cristianismo y estalla a cada momento en paganas y desvergonzadas confesiones públicas, y a los sabuesos que husmean vidas ajenas a la caza de confesiones de habitualmente lamentables intimidades para convertirlas en mercancía vendible a la curiosidad pública, se los considera autoridades creíbles. Es precisamente este tiempo degradado el que ha visto en su contrafaz cristiana, la glorificación de San José, el caballero del sagrado silencio, el hombre de confianza de Dios, el custodio de lealtad y hermetismo inviolables, el depositario fiel de los secretos del Gran Rey, en quien todos los secretos están seguros: la divinidad de Jesús y su presencia entre los hombres, la virginidad de María, su maternidad divina y la sacralidad infinita de la Sagrada Familia y de su vida, esa vida soberanamente sobrenatural bajo las apariencias más naturales y vivida con tal naturalidad que desorientó incluso a la inteligencia angélica y a la sagacidad diabólica de los ángeles apóstatas.

repetidas veces, es verdad; la Creación entera es palabra de Dios y quien tuviese el oído purificado y acostumbrado al susurro de lo divino, podría oír la voz de cada criatura balbuceando una belleza que está más allá de toda criatura, testigos de ello un San Francisco de Asís, un San Juan de la Cruz que tuvieron el oído hecho al hablar de las estrellas y de toda criatura, experiencia que éste último plasmó en bellísimos versos. Pero Dios habló también por medio de los profetas, de los jefes religiosos del pueblo elegido, y finalmente habló por medio de su mismo Hijo. Pero acaso esa palabra, esa revelación, ¿llenar innumerables tomos que ocupan inmensas bibliotecas? No, de ninguna manera. Y Cristo, el Verbo de Dios, la Palabra de Dios hecha carne que viene a consumir la plenitud de la revelación, ¿cómo obra en el cumplimiento de su misión? ¿Es acaso un verborrágico?

No. El libro del Evangelio que contiene el relato de sus acciones, sus palabras y sus promesas, tiene el tamaño de una agenda de bolsillo. Aquel que ha relatado las maravillosas parábolas y predicado los sermones que han revolucionado un mundo, Aquel cuyas simples palabras han transformado vidas, definido vocaciones, levantado instituciones y cambiado el rumbo de la historia, ha probado que el silencio no es obstáculo para la acción, sino más bien fuente de la cual ésta toma toda su fuerza. El Verbo del Padre Eterno, elige para sí mismo una vida de silencio. Toda su vida humana estuvo marcada por el sello de su amor al silencio. En su infancia parecía que el lenguaje le venía lentamente y le adquirió como los demás niños, de manera que con el auxilio de estas apariencias, pudo abstenerse de hablar, durante más largo tiempo. Durante los dieciocho años de su vida oculta, el silencio reinó en la santa casa de Nazareth. Jesús era de pocas palabras y por eso María las guardaba meditándolas en su corazón como tesoros de gran precio, como lo certifica el evangelista San Lucas 2, 51.

En cuanto al silencio de María, el evangelio confirma lo que enseña la tradición, pues nos transmite de Ella palabras singularmente escasas; ya nos la represente detenida, ya en

movimiento, la vemos siempre como una hermosa estatua que sólo habla con su hermosura, y este elocuente silencio ha llamado de tal manera la atención de algunos santos, entre ellos de San Grignon de Montfort, que éste da como explicación del mismo, el deseo de la Virgen de esconderse a sí misma y a toda criatura, para no ser conocida sino de sólo Dios. Y por parte de Dios, siendo María su obra maestra y queriendo reservar su conocimiento sólo para sí, la cubrió con un velo de silencio, consintiendo que sus apóstoles y evangelistas hablasen muy poco de Ella y sólo lo suficiente para hacer conocer a Jesucristo, Pero hay otra razón para este silencio. María, que había vivido tanto tiempo tan estrechamente unida con Jesús, como en un santo éxtasis de amor y de dolor, leyendo continuamente en el corazón de su divino Hijo los más altos misterios de la Creación, sus divinos pensamientos y sentimientos, no necesitaba de palabras para comunicarse con Él. Y si las hubiese necesitado, ¿habría hallado acaso palabras capaces de contener la plenitud de pensamiento que tenía que comunicar? No. De ninguna manera. Usar de palabras hubiera sido traicionar lo que vivía en su corazón, como cortar una flor y guardarla entre las páginas de un libro, usar de palabras hubiera sido descender de las altas cimas que habitaba y hablar en los valles, de las cosas de arriba, sólo por aproximaciones y parábolas. ¿Y José? Tampoco José tenía necesidad de palabras, pues él también habitaba aquellas cumbres de silencio, demasiado elevadas para que pudiese llegar a ellas eco alguno de esta tierra miserable; lo mismo que María con Jesús, José se entendía con ellos con miradas, se comprendían y se adivinaba... a tal punto eran mutuamente transparentes y estaban unidos sus corazones. Pero hay otra razón para el silencio de José. Conocemos el efecto de la belleza y del gozo, cuando son puros y profundos sobre nuestras almas inmortales, y José no necesitaba como el común de los mortales, para gozar de regiones de hermosura, ni de la verde pradera, ni de la solemne montaña, ni del mar infinito, ni de las alegres márgenes del lago de Genesareth; le bastaba mirar los ojos de la más pura de las vírgenes, asomarse al Paraíso contemplando el

rostro de Jesús y entonces era feliz como no lo fue nunca varón alguno y todos sabemos que los gozos que nacen de las profundidades, nos vuelven profundamente silenciosos y que en los casos extremos ese gozo se expresa con el lenguaje callado de las lágrimas.

¡Cómo no iba a haber silencio en la casa de Nazareth!

Y Jesús, en su vida pública, que era tiempo de hablar, ¿perderá esa su costumbre de silencio? De ninguna manera. Mostró una gran sobriedad de palabras. Cuando le llegó la hora de hablar, habló como hubiera hablado un hombre tranquilo y amigo del silencio, o más bien habló como un Dios que hace revelaciones. Luego, en la Pasión, cuando tuvo que enseñar con sus padecimientos, volvió a aparecer el silencio como una antigua costumbre que reaparece en el momento de la muerte, y su última lección nos la dio mudo y silencioso, reposando inerte, lleno de heridas sobre el regazo de María, callada pero suprema expresión de su amor por nosotros.

Este Dios nuestro, tan silencioso y que contagia su taciturnidad a sus más íntimos amigos, ¿qué quiso para su padre adoptivo? También quiso el silencio, pero en un grado extremo. No hay palabra suya en la Sagrada Escritura y sobre él apenas unas frases. Pero José es como el evangelio. Este, que tan pocas palabras dice, tiene a los siglos como comentario. Y los siglos que van sepultando lo que es polvo y aquello que no tiene consistencia, los siglos que como inmensos rodillos de bronce pasan triturando la cáscara hueca, no sólo han respetado a San José sino que han sido testigos de su paulatino reconocimiento.

Los siglos tienen dos aspectos, el cristiano y el anticristiano: el siglo XVIII por ejemplo, el siglo de la risa, de la frivolidad, de la ligereza, del lujo, tuvo su contrapartida cristiana: *San Benito José Labre*, ese mendigo errante, que con un cilicio de insectos punzando constantemente su cuerpo, recorrió a pie toda Europa y sus principales santuarios en perpetua adoración y como un monumento viviente de mortificación y penitencia, asumiendo sobre sí toda la pobreza, el desamparo y el dolor que había tras